

SUMARIO

Ideas alemanas acerca de la táctica. Influencia de la guerra Sud-Africana (continuación); pág. 273.—Napoleón jefe de ejército: Ulma (continuación), por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 276.—Cálculo de las pérdidas hipotéticas y su real substracción durante los simulacros de combate por el general de división italiano E. Degiorgis, traducido por don N. Martínez Aloy, capitán de Infantería; pág. 280.—Ejército inglés; pág. 284.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 286.

Pliegos 115 y 116 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA (3.ª edición), por D. Joaquín de La Llave y García, coronel, teniente coronel de Ingenieros.—Pliego 4.

IDEAS ALEMANAS ACERCA DE LA TÁCTICA

Influencia de la guerra Sud-Africana

(Traducción de la *Revue Militaire des Armées Etrangères*)

(Continuación)

Romper el fuego entre los 1.000 y los 800 metros y obtener la superioridad del mismo á dicha distancia, reforzando para ello la línea de combate hasta darle la densidad necesaria: estos refuerzos tienen por objeto mantener un fuego intenso contra la línea enemiga. Ninguna regla para ellos: avanzarán en carreras cortas de treinta á cuarenta metros, por grupos pequeños y muy desplegados, y se les lanzará á intervalos desiguales.

Poner el reglamento en armonía con estos principios y hacer que precise las condiciones de la marcha á saltos, ó sea á carreras cortas, y la manera de conducir los refuerzos.

Y terminaba Lindenau con el *Leitmotiv* de todas las variaciones alemanas referentes á la táctica, diciendo:

«La ofensiva conservará en el porvenir todo su empuje y será el mejor medio de cosechar laureles».

Las ideas emitidas por Lindenau eran, sin duda, las mismas que dominaban en altas esferas; pero sea ó no así, ellas fueron las que presidieron á los ensayos hechos en todo el curso del año último, y, para convencerse, basta leer en el opúsculo *El ataque de la infantería alemana, 1902*, las correcciones de algunas maniobras efectuadas en Doberitz.

También se vió en las maniobras imperiales que ciertas divisiones practicaron en igual forma lo que toda la prensa dió en llamar la «Tácti-

tica boer»; pero el entusiasmo por el individualismo riguroso, por el movimiento de avance de la cadena ó línea de tiradores y de los sostenes ó refuerzos por medio de pequeños grupos desplegados, no era general. Von Caemmerer protestaba inmediatamente contra la reglamentación de aquellos movimientos, y decía: «El reglamento tiene bastante margen para autorizarlos en los casos en que puedan ser necesarios».

«El grupo de ocho á diez hombres—decía el mayor Hurt—resulta insuficiente; únicamente el pelotón y la compañía están lo bastante bien mandados para poderles hacer que avancen. En cuanto á las tropas de sostén, deben permanecer unidas para que estén siempre en disponibilidad: su salvación estriba en la rapidez con que cambien de sitio y en su movilización llevada hasta el extremo, más bien que en hacerles tomar parte en formaciones diluidas».

«Después de la guerra de 1870, escribió ya Scherff, en cierta ocasión, que se había creído ver en una fragmentación extremada el gran remedio contra los enormes sacrificios que nos habían costado nuestras victorias.

»Hoy, en vista de los fracasos sufridos por los ingleses con pérdidas mucho menores, se quiere ver de nuevo la salvación del ataque en el más completo individualismo.

»Las proposiciones actuales serán juzgadas, indudablemente, tan estériles como los ensayos hechos en 1872 y no tardarán nada en desaparecer de la escena».

«El mejor modo de cubrirse—decía von Stieler—no se encuentra, ni en los accidentes del terreno ni en formaciones más ó menos complicadas, sino en la manera de dirigir el fuego.

»La táctica boer, con sus fantasías, hace perder un tiempo precioso.

»Se fragmenta la tropa infinitesimalmente; se tritura en todos sentidos aquellas moléculas; se lanza una hacia adelante; se detiene otra; óyese la voz del jefe; se intercalan aquellas unidades unas en otras; se divide el mando de ellas; los grupos abandonan á una señal los parajes protectores que los cubren y se lanzan hacia adelante.

»Todo eso es muy bonito; pero eso no es la guerra.

»El terreno, y el ángulo por el cual se ven esas formaciones, modifican, por otra parte, toda esa cuestión de vulnerabilidad.

»En la guerra, sólo podrán avanzar contra el enemigo unidades bien llevadas á la mano: el camino se lo abrirá la artillería».

Resulta en extremo interesante el artículo anónimo publicado por el *Militar Wochenblatt* el 8 de Octubre de 1902. Después de llenar de elogios al teniente coronel Lindenau, somete las conclusiones de su conferencia á un punto de vista serio.

«... La orden del ejército del 6 de Mayo—dice—ha aumentado los frentes reglamentarios de la compañía y del batallón en el combate. Esta

extensión de frentes no debe ser con objeto de empeñar la acción con líneas claras de tiradores cuyo fuego sería de potencia insignificante. La quinta esencia de la táctica de infantería radica en el principio de que es preciso dar con gran rapidez al fuego toda la potencia posible en la zona decisiva, ó sea entre las medias y las cortas distancias de 1.000 á 800 metros.

»... El sistema de ataque á la moda—añade el autor—no vale nada en muchos casos, sobre todo, en las grandes acciones realizadas por grandes unidades.

»Puede ser empleado contra una posición que el enemigo defienda pasivamente, en el caso en que falten por completo los abrigos.

»El ejército alemán dispone, entre Metz y Strasburgo, apenas de quince caminos, sobre ciento cincuenta kilómetros de terreno: por cada uno de aquellos marchará, por lo menos, un cuerpo de ejército, que no tendrá la libre elección del terreno.

»En las llanuras descubiertas y frente á un adversario sólidamente establecido, se evitará, en cuanto sea posible, buscar la zona decisiva; que exigiría grandes sacrificios aun contando con una artillería superior. Dicha zona podrá obtenerla otro cuerpo de ejército vecino que disponga de un terreno más favorable para ello.

»Se harán esfuerzos para empeñar rápidamente sobre estos puntos, fuerzas superiores á las del adversario; para formar espesas líneas de tiradores que procuren avanzar hasta dar con el enemigo cuerpo á cuerpo, y se utilizará la superioridad del fuego para lanzar hacia adelante grandes masas.

»Este será el medio mejor, por no decir el único, de obtener la victoria.

»Es una ilusión pensar que se pueda vencer sin tener grandes pérdidas».

El autor de este artículo se eleva, de la misma manera que Lindenau, por encima de las cuestiones de detall, y trata de la organización de los ataques, y de los frentes de combate. La cosa merece que nos fijemos un momento en ella.

La ejecución ó práctica de las maniobras, en las que reina siempre un orden relativo, y en las que los efectivos no caen sobre el enemigo como en la guerra, hace familiares los frentes extraordinariamente extensos. El ejemplo de los ingleses y la pretendida impotencia de los ataques de frente se ven confirmados en esas enfadosas prácticas.

Cierto es que los alemanes no han podido zafarse de semejante peligro; pero no lo es menos que sus escritores reaccionan.

«La extraordinaria extensión de los frentes de combate de los ingleses en la segunda parte de la guerra—dice Balk,—no hubiera sido posible en Europa. El valor del adversario ejerce gran influencia respecto á

la extensión de los frentes. El escalonamiento en sentido profundo debe ser naturalmente mayor á medida que el adversario es más fuerte.

»En el combate—léese en los *Jahrbücher*,—los veintitantos mil hombres de infantería que forman un cuerpo de ejército, se fraccionan ó desperdigan rápidamente; experimentan pérdidas y se vienen á agrupar en los parajes cubiertos del terreno.

»En 1870 fué de dos, tres ó cuatro kilómetros el frente medio de un cuerpo de ejército y llegó á ser hasta de cinco kilómetros contra los ejércitos menos sólidos de la república francesa. Las armas que ahora se usan no permiten extenderlos hasta ocho ó diez kilómetros como se hace con frecuencia.

»Es indudable que los intervalos pueden ser mayores que antes.

»Sin embargo, son indispensables las masas, sin las cuales no puede haber ataques poderosos».

De todas las citas que acabamos de hacer, se desprende con toda claridad una idea: los alemanes creen que para vencer son necesarias *las masas*.

Únicamente las masas, bien dispuestas en sentido profundo en las zonas favorables á su acción, son las que permitirán constituir fuertes líneas de fuego y nutrir dichas líneas, no obstante las pérdidas sufridas, de modo que dominen, por lo menos, el fuego de los defensores; que hagan progresar el ataque; que hagan brecha y que saquen partido del éxito parcial que obtengan.

(Continuará)



NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

(Continuación)

U L M A

El Emperador decía entonces con legitimo orgullo: «Verdaderamente, no hay en Europa ejército más brillante que el que hoy tengo» (A Cambacères: Campamento de Bolonia 13 de Agosto); y en los últimos días de su vida todavía le llamaba «el mejor ejército que existió jamás» (Memorial de Sta. Elena, tomo 2.º, pág. 319). En efecto, su composición garantizaba su valor, si se le considera en conjunto. Las unidades se componían de un escaso número de soldados veteranos; la mayor parte de los individuos procedía del reclutamiento del año anterior; pero hacia año y medio que estaban concentrados en campamentos, donde su instrucción había sido muy activa. Uno de sus jefes decía de ellos: «Las tropas alcanzaron muy pronto un grado tal de instrucción del que es imposible formarse idea. Yo no lo he conocido nunca hasta este punto en las tropas francesas» (Marmont: Memorias, tomo 2.º, pág. 231). Tropas bien ejerci-

tadas, bien organizadas, cuyo denuedo no se había entibiado todavía con la experiencia de los sufrimientos, de los peligros, de las fatigas de la guerra, constituían el mejor instrumento.

En primer lugar, los jefes eran excelentes. De los siete comandantes de cuerpo de ejército, que habían de emprender la campaña en Alemania, solamente dos, Augereau y Bernadotte, pasaban de los cuarenta años de edad; tres de ellos: Soult, Lannes y Ney, tenían 36 años, como el Emperador; Davout tenía 35; Marmont no tenía más que 31. La mitad de los generales de división era de 30 á 40 años; uno sólo, D' Hautpoul, llegaba á los 50. Por consiguiente, todos los que ejercían algún mando importante estaban en la flor de su vida, todavía tenían esperanzas; estaban ávidos de hazañas, llenos de iniciativa y de ardimiento. Con esto, sabían todos hacer la guerra, la mayor parte de ellos estaban familiarizados con los procedimientos de Napoleón; además, cada cual estaba acostumbrado á la obediencia más absoluta.

Entre tanto, los austriacos movieron sus tropas hacia la frontera bávara. El mando en jefe de su ejército se había confiado al archiduque Fernando; sin embargo, el emperador Francisco se reservó la alta dirección de las operaciones y, á este efecto, nombró al general Mack, como cuartel-maestre general. En 1800 Napoleón había conocido á Mack en París, donde se hallaba como prisionero de guerra y de él había formado el siguiente juicio: «Mack es uno de los hombres más incapaces que he conocido en mi vida. Lleno de presunción, de amor propio, se cree apto para todo. No sirve para nada; pero me alegraría de que algún día llegase á verse frente á frente de uno de nuestros buenos generales y entonces había de verse muy apurado; sólo tiene jactancia y nada más; es uno de los hombres más ineptos que existen; añádase á esto lo desgraciado que es». (Bourrienne, Memorias, tomo 3.º, pág. 215). Este era el hombre que iba á asistir al emperador de Austria con sus consejos y á llegar á ser, por consiguiente, el verdadero director de las operaciones.

El 2 de Septiembre, Mack llegó á Wels y mandó inmediatamente al ejército austriaco pasar á Baviera. Es verdad que aun no había terminado la concentración de este ejército en la frontera bávara; pero como los franceses estaban todavía lejos, se podía, obrando con actividad, obligar á Baviera á concertar una alianza, ó de lo contrario, desarmarla antes de la llegada de Napoleón. Había llegado el caso de decir: «El tiempo urge y los días son meses». (A Daru: campamento de Bolonia, 30 de Agosto). Pero apenas entró en Baviera, se dejó entretener por las negociaciones dilatorias del elector; el ejército bávaro se aprovechó de esto para retirarse á retaguardia del Danubio y concentrarse primeramente en Amberg y después en Bamberg. Sin inquietarse por ello, los austriacos prosiguieron su marcha al sud del Danubio; su cabeza llegó á Memmingen el 21. Mack inspeccionó la plaza de Ulma y reconoció seguidamente

el curso del Iller, que escogió como línea de defensa. En vano el archiduque Fernando, que llegó el 19 de Septiembre á Alt-Oetting, trató de suspender el movimiento del ejército, para que éste no se encontrase demasiado aislado, y no fuese obligado á librar batalla con sus únicas fuerzas antes de la llegada de los rusos. Pero el emperador Francisco, que llegó el 20 á Munich, lleno de confianza en Mack, revocó las órdenes del archiduque y los austriacos continuaron efectuando su concentración sobre el Iller. Sin embargo, el 23 de Septiembre, un cuerpo, á las órdenes de Kienmayer, fué designado para observar á los bávaros, así como á Bernadotte, de cuya llegada á Maguncia ya se tenía noticia, para lo cual debía tomar posiciones en la línea Neubourg-Ingolstadt.

Entre tanto, Napoleón, después de haber puesto su ejército en marcha hacia el Rhin, volvió á Saint-Cloud para disimular el mayor tiempo posible el gran movimiento ofensivo que acababa de iniciar. Para que nada se trasluciese, escribió á Fouché: «Prohibid que en las gacetas de las orillas del Rhin se hable del ejército, y haced como si éste no existiese». (Saint-Cloud 12 de Septiembre). Aunque en aquella época la prensa estaba muy lejos de ser tan poderosa como en la actualidad y los periódicos tenían mucha menos circulación, es preciso reconocer que la orden dada á Fouché no podía ser más justa. Bastará para esto recordar cuán perjudiciales fueron los periódicos franceses y belgas al ejército de Mac-Mahón en Agosto de 1870. Mientras el Emperador procuraba por todos los medios posibles ocultar sus movimientos al enemigo, recibió de Estrasburgo el 10 de Septiembre noticias de los reconocimientos hechos por Murat, de los que resultaba que unos 60.000 austriacos se hallaban en Wels; 10.000 ó 12.000 en Braunau; 15.000 próximamente á orillas del lago de Constanza; que en Braunau se establecía un campamento para 30.000 hombres y además inmensos almacenes, y por último, que 80.000 rusos se habían concentrado en la frontera de Galitzia.

Desde el 7 de Septiembre, el Emperador había dictado una disposición, según la cual debían crearse campamentos de reserva: uno de éstos, el de Estrasburgo, había de ser mandado por Kellermann, el de Maguncia por Lefévre. Además ordenó poner en estado de defensa á Maguncia, Estrasburgo, Neuf-Brisach y Huningue. Estos procedimientos, que consistían en asegurar por medio de una reserva estratégica el sostenimiento de los efectivos de su ejército y en consolidar su base de operaciones armando las plazas fuertes de esta base, son otras tantas medidas de precaución, que este jefe audaz y victorioso no descuidaba jamás.

Entre tanto, no perdía de vista á los austriacos: «Parece, escribía el 13 de Septiembre, que los austriacos han pasado el Inn el día 10». (A Eugenio: Sant-Cloud). En aquel momento sus propias tropas estaban á punto de llegar al Rhin, y el 17 de Septiembre el Emperador dió la orden conducente á llevar á cabo las disposiciones necesarias para el paso del

rio y asignar á cada cuerpo de ejército su ulterior itinerario. Esta orden es uno de los documentos que ponen más de manifiesto el golpe de vista estratégico de Napoleón. Su sencillez, su claridad, la oportunidad de todas las disposiciones adoptadas, constituyen uno de los más bellos modelos de este género; se encuentran en ella las más preciosas indicaciones para saber por sí mismo, con el mapa á la vista, cómo debe ordenarse, en sus grandes líneas, los movimientos de un ejército.

Ahora bien: ¿cuál es el origen de estas órdenes? ¿Cuál era el método de trabajo del Emperador para abarcar en tan gran escala una situación estratégica? Consultemos, á este propósito, á uno de los que le vieron trabajar: «El Emperador era él mismo el verdadero jefe de su estado mayor: provisto de un compás abierto sobre una escala de siete á ocho leguas en línea recta (lo que supone siempre nueve ó diez por lo menos, por las sinuosidades de los caminos) apoyado, y algunas veces echado sobre su mapa, en el que las posiciones de sus cuerpos de ejército y las presuntas del enemigo estaban marcadas con alfileres de distintos colores, ordenaba sus movimientos con una seguridad, de que costará trabajo formarse cabal idea. Paseando su compás con viveza sobre este mapa, juzgaba de una ojeada el número de jornadas que necesitaba cada uno de sus cuerpos de ejército para llegar al punto en que quería tenerlo en un día dado; después, colocando sus alfileres en estos nuevos puntos, y combinando la velocidad de la marcha que debería asignar á cada una de las columnas, con la época posible de su partida, dictaba sus instrucciones, que por sí solas serían un título de gloria». (Jomini, *Précis de l'art de la guerre*, page 289).

El Emperador no daba sino muy rara vez órdenes comunes á todo su ejército. No solamente quería evitar que el enemigo se orientase sobre el conjunto de la situación, en el caso en que pudiese interceptar por casualidad, una sola de sus órdenes, sino que hasta temía dar á conocer á su propio ejército sus miras estratégicas, persuadido de que un secreto conocido de muchos corría riesgo de ser divulgado por cualquier inferior. En sus planes entraba siempre el sorprender al enemigo en el espacio y en el tiempo. Así pues, cada comandante de cuerpo de ejército no solía recibir más órdenes que las que tenía que ejecutar, y no estaba enterado de la situación general del ejército sino en lo concerniente á los cuerpos más próximos.

Es muy importante para todo oficial el estudio minucioso de las propias órdenes del Emperador. Estas órdenes manifiestan el secreto de lo que antes se llamaba Logística y que la nueva escuela llama hoy *Atribuciones del Estado mayor general*. El Emperador indica clara y formalmente, en sus grandes líneas, los movimientos que quiere ver ejecutar; no se preocupa de proceder por orden, sino que dicta sus disposiciones, como ocurren á su imaginación. La originalidad y la firmeza de su estilo

no están atenuadas por fórmulas reglamentarias, sino que imprimen á la expresión de su voluntad tal sello de vigor que no se puede menos de conocer que es imposible no ejecutar órdenes tan categóricas, como por ejemplo las siguientes: «No descanse usted hasta no haberme enviado todos esos detalles». A Bernadotte: Augsburgo 11 de Octubre de 1805, á las tres de la tarde). «Felicito á usted por el éxito obtenido, pero no descanse; persiga sin tregua al enemigo y córtele todas sus comunicaciones». (A Murat: Abadía de Elchingen, 17 de Octubre de 1805, á las dos de la tarde). «Si el enemigo no se encuentra en Memmingen, baje usted como un relámpago hasta la altura nuestra». A Soult: Augsburgo 12 de Octubre de 1805, á las diez y media de la noche). «Recomiendo á usted que mande á sus ayudantes y agregados que revienten los caballos. Siéntele relevos de éstos en la carretera de Weissenhorn, para que yo reciba sus noticias con la mayor rapidez». (A Soult: Augsburgo 12 de Octubre de 1805, á las diez y media de la mañana). En cuanto á disposiciones de detalle, el Emperador no las daba sino cuando tenían especial importancia para la ejecución del plan general, pero en este caso nunca faltaba á ellas. Entonces le tocaba á Berthier redactar las órdenes consiguientes, disponer las medidas de detalle, dar á su conjunto la forma conveniente y comunicarlas al ejército.

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE



CÁLCULO

DE LAS PÉRDIDAS HIPOTÉTICAS Y SU REAL SUBSTRACCIÓN (*)

DURANTE LOS SIMULACROS DE COMBATE

POR EL GENERAL DE DIVISIÓN ITALIANO E. DEGIORGIS

(Continuación)

A

En los ejercicios de paz, hoy, el elemento *tiempo* no constituye una preocupación. Las acciones tácticas se desarrollan y completan en mucho menor tiempo del que en la guerra se necesitaría para el desenvolvimiento completo de un episodio análogo. Raro es el caso en que se tenga noción del tiempo necesario para que el fuego, sea de artillería, sea de infantería, haya realizado el propio indispensable trabajo preparatorio de destrucción. Y como las señales aparentes de tal trabajo faltan ahora en absoluto, puesto que faltan las pérdidas, se pasa fácilmente á la ligera por este periodo de preparación, y se precipita todo el desarrollo de la

(1) Errata en el número anterior: Cuantas veces dice «aminoración» de las pérdidas ha de entenderse «substracción ó deducción».

acción, marchando resueltamente hacia el enemigo, que se reconcentra en breve con los propios efectivos intactos. Esto falsea, evidentemente, las ideas, induciendo la mayoría de las veces á error acerca de la *duración* y el *costo*, en hombres, de los actos tácticos sobre el campo de batalla; de aquí nacerá; en los primeros hechos de armas, un sentimiento de sorpresa (ó de terror?) al ver cuánto mayor tiempo tendrá una tropa que sufrir el fuego enemigo y á cuantas pérdidas habrá de someterse antes de alcanzar aquellos objetivos que, en condiciones análogas, se lograban, en los ejercicios de paz, en tiempo bastante más breve y sin pérdidas aparentes.

B

No se me oculta que, especialmente al principio, la introducción de ese elemento en los simulacros dará por resultados, como efecto de crear una especie de aparente desorden, un cúmulo de bajas, el cuidado en atender la conducción de los heridos y un frecuente reemplazo de comandantes ocasionado por las pérdidas. Mas este aparente desorden, que los ejercicios doctrinales permitirán mantener en justos límites y regularizar, servirá de provechosa escuela á los cuadros y la tropa, sea para aportarles oportunos remedios con nuevos detalles de servicio, sea para que estén ya avezados al mismo cuando, en el campo de batalla, el tal desorden será inevitable consecuencia del fuego enemigo.

C

La disminución de los efectivos, debida á las pérdidas, obligará á los oficiales y clases á reflexionar acerca de la influencia de aquéllas en el desarrollo del combate y de la necesidad absoluta de estudiar cuantos recursos tiendan á disminuir el número de las pérdidas propias y aumentar en lo posible las del contrario.

D

No será postrera ventaja de la introducción de ese nuevo elemento en los combates simulados la de obligar á súbitas é improvisadas substituciones del mando, durante cualquiera fase de la acción, ya que es indispensable, si se pretende que la maniobra sea la verdadera escuela de la guerra, que las pérdidas simuladas afecten por igual todos los grados de la jerarquía. Todos los escritores militares acentúan los graves inconvenientes que surgen en la guerra de la falta de costumbre en las substituciones de mando, y de la facilidad con que los oficiales, con el laudable intento de infundir confianza en sus subordinados, se alejan de su puesto y se aproximan á la línea de fuego, exponiéndose á menudo innecesariamente. Durante los simulacros, estos inconvenientes se ponen más aún de manifiesto y la introducción del nuevo elemento servirá para oponerles seguro remedio.

E

Por lo que respecta á la extensión del frente, obsérvase ahora en los ejercicios lo siguiente: la marcada tendencia á alargar excesivamente el frente de combate. Pero luego que la tropa llega al acto resolutivo sin pérdidas aparentes, apenas si se observa en las filas una sensible rarefacción, la cual se pondría indudablemente de manifiesto si de los efectivos maniobreros se dedujesen realmente las pérdidas que en ellos habria producido el fuego enemigo. Esa rarefacción, evidenciando la debilidad de la fracción culpable de haber adoptado un frente demasiado extenso, obligaría á un más solícito avance de los sostenes y las reservas hacia la línea desplegada, con el consiguiente aumento de pérdidas en estas fracciones: pérdidas que, durante algún tiempo aún, se habrían podido economizar. Derivaría de aquí, indudablemente, un eficaz correctivo para el error que con tanta frecuencia se comete.

2.º *La introducción del elemento pérdidas en los simulacros obligará á todos á un estudio más prolijo y atento de las circunstancias variadísimas del combate, influyentes sobre las pérdidas y, consiguientemente, sobre el resultado final.*

Las pérdidas á que puede estar expuesta una tropa que cumple una determinada acción táctica son función de tantos y tan variados elementos, que su cálculo exacto puede considerarse absolutamente imposible. Empero para el objeto que se propone una *Instrucción*, este rigorismo de cálculo no es necesario.

Como quiera que toda operación *ofensiva* ó *defensiva* puede iniciarse ó desarrollarse en condiciones de conjunto *excelentes, buenas, mediocres* ó *malas*, bastará, á mi modo de ver, que se calculen cuatro series de coeficientes de pérdidas para las tropas que operen á la ofensiva, y otras cuatro series para las operadoras á la defensiva, en todas las cuales series los coeficientes estén calculados, para cada fase del combate, en correlación aproximada con las pérdidas que, en el combate verdadero, tendría que experimentar una tropa á la ofensiva ó á la defensiva en condiciones *excelentes, buenas, mediocres y malas*.

A más de esto, la aplicación de ese sencillo cálculo sería, á mi juicio, suficiente para imprimir á los simulacros de la infantería el carácter de estudio severo y concienzudo de que en la actualidad carecen con sobrada frecuencia.

El análisis que debiera hacerse por los directores y por los jueces del simulacro, por los jefes de bando y por los de las fracciones ó unidades á sus órdenes, para determinar en cuál de las cuatro categorías antedichas debería clasificarse un acto ofensivo ó defensivo, requiere un tan detenido estudio de todas las circunstancias de un combate, que no vacilo en ex-

presar el convencimiento de que, de algunos simulacros bien conducidos con tal método, todos sacarían grandísimo provecho.

Deberían, en efecto, entrar en cálculo:

- a) la naturaleza del terreno y su utilización por los dos bandos;
- b) la fuerza de los bandos (moral y material);
- c) el cansancio relativo de la tropa;
- d) la habilidad maniobrera;
- e) la apreciación de las distancias y la conducta del fuego;
- f) el concurso de los fuegos de artillería;
- g) la eficacia de fuego del bando contrario; y
- i) la cuantía de las municiones, etc. etc.

Y como quiera que todas estas circunstancias son susceptibles de modificarse durante el desarrollo de una maniobra, así la atención de todos debería siempre extremarse, á fin de introducir, durante el propio desarrollo, aquellas modificaciones cuya necesidad se hiciese patente en la primitiva clasificación de las condiciones del ataque, ó de la defensa, en *excelentes, buenas, etc.*

Un ataque ó una defensa, iniciados en *excelentes* condiciones, pueden seguir desarrollándose, en el transcurso del desenvolvimiento y por nuevas circunstancias imprevistas, en condiciones sólo *buenas*, ó desde luego *mediocres ó malas*; é inversamente.

3.º *La introducción del elemento pérdidas hará fácil y espontánea la ejecución de algunas notabilísimas recomendaciones y prescripciones, cuya práctica es hoy bastante difícil, por no decir imposible.*

Citaré algunas.

La opinión general que los simulacros, para que sean proficuos, deben ser conducidos de un modo no desemejante al de la verdadera guerra y guiados y dirigidos por la capacidad y experiencia de las cabezas. Y así se expresa también nuestro reglamento. Ahora, importa observar que si bien en las cabezas puede haber capacidad, por largo estudio ó por natural intuición, falta en demasía la experiencia, ya que poquitos oficiales inferiores han hecho la guerra y que cada día va reduciéndose también el número de los oficiales superiores que han conducido tropas al fuego; y aun estos pocos han hecho una guerra tan distinta de la que se hará en lo futuro, que no es erróneo asegurar que su experiencia, por sí sola, no puede ser maestra. Por lo cual, faltando, en los simulacros el elemento *pérdidas*, será asaz difícil imprimirles, con sólo capacidad en las cabezas, el aspecto de verosimilitud que deben tener.

(Continuará)

Traducido por

N. MARTÍNEZ Y ALOY,

Capitán de Infantería.



EJÉRCITO INGLÉS

Con el título de IMPERIO BRITÁNICO, ha publicado el *Depósito de la Guerra* un libro notable y muy completo, del cual tomamos los siguientes datos:

La población de Inglaterra es al presente de 40 millones de habitantes. El presupuesto general de gastos de 1902-03 (excluyendo el extraordinario) se elevó á 195.522,215 de libras esterlinas, y la deuda pública en el mismo año á 731.214,583 libras esterlinas.

La agricultura, industria y comercio, están sumamente adelantadas, la primera, aunque no es muy variada, aventaja á la de las demás naciones de Europa en la potencia de los medios de producción y en la intensidad de explotación. La industria presenta en todas sus clases un desarrollo prodigioso y lo mismo sucede con el comercio. La exportación total llegó en 1901 á unos 348 millones de libras esterlinas, y la exportación á 521 millones.

*
* *

La situación geográfica de las Islas Británicas, la necesidad de defender un gran número de colonias y los innumerables é importantes intereses creados fuera de los dominios del imperio, son causas todas ellas que han obligado á Inglaterra á sostener un inmenso poder naval y una organización militar, que difiere esencialmente de la que tienen las otras potencias.

Siendo dueña del mar, por donde en caso de guerra serían transportados los grandes contingentes de sus enemigos, no tienen precisión la metrópoli de numerosos efectivos para su defensa, y, por lo tanto, el servicio militar obligatorio que facilita la rápida reunión de grandes masas instruidas, no le es de imprescindible necesidad.

En cambio la larga permanencia en filas, tan necesaria para la instrucción, aclimatación y hábito colonizador de los soldados que deben defender los territorios coloniales, y la indispensable unión que ha de existir entre éstos y la metrópoli, se compaginan mejor con el sistema de enganches voluntarios, desechado casi por completo por las demás naciones militares.

Por último, la facilidad de poner en cualquier momento, merced á la soberanía que ejerce en el mar, respetables fuerzas así reclutadas, allí donde peligren sus intereses comerciales, justifican la diferencia esencial que existe entre la constitución militar del Imperio británico y la de otros países.

Esto no obstante, existen opiniones de distinguidos militares ingleses que abundan en la idea favorable á la implantación del sistema militar moderno.

Las tropas de la Gran Bretaña se dividen, en fuerzas *regulares* y

auxiliares. Las primeras comprenden los ejércitos permanentes y reservas correspondientes de la metrópoli, de la India y de las colonias; y las segundas constan de las milicias y sus reservas, voluntarios y *yeomanry*.

El monarca es el jefe supremo de las fuerzas de mar y tierra, y su autoridad en los asuntos militares, se ejerce por medio del ministro de la Guerra, y el mando directo de las tropas, por conducto del comandante en jefe del ejército, cargo conferido en la actualidad á Lord Roberts.

El comandante en jefe está subordinado al ministro, único responsable ante el Parlamento, pero en la práctica, aquél tiene independencia en lo referente al mando de las tropas.

El presupuesto total de gastos de Guerra para el año económico de 1902-903, se distribuye en la forma siguiente:

Ordinario.	29,310,000	libras-esterlinas
Extraordinario..	40,000,000	» »

Este está destinado á sufragar los gastos ocasionados por las guerras últimas.

La distribución del ordinario es como sigue:

Sueldos, haberes, gratificaciones, é indemnizaciones del ejército regular.	8,900,400
Servicio sanitario (incluso sueldo).	425,000
Milicia.	861,000
Yeomanry.	585,000
Voluntarios.	1,287,000
Remontas y Transportes.	1,042,000
Viveres.	3,976,000
Vestuario y Equipo.	1,470,000
Material.	5,332,000
Obras.	1,540,000
Instrucción.	120,800
Juntas y agregados militares.	70,800
Departamentos y Oficinas.	272,000
Retiros y pensiones de oficiales.	1,541,000
Idem id. de tropas.	1,692,000
Ampliaciones.	195,000
Total.	29,310,000

El correspondiente al ejercicio de 1903-904 presentado para su discusión en las Cámaras, es:

Ordinario.	27,588,000	libras esterlinas
Extraordinario..	6,657,000	» »

Las regiones de Cuerpo de Ejército, son:

- I. *Aldershot Command*, capital, Aldershot
 - II. *Southern* » » Salisbury
 - III. *Yrish* » » Dublin
 - IV. *Eastern* » » Londres
 - V. *Northern* » » York
 - VI. *Scottsh* » » Edimburgo
- Islas Normandas.*

A cada región corresponde un cuerpo de ejército, compuesto de divisiones, divididas en brigadas y otras tropas afectas.

Desde 1816, el ejército inglés se recluta principalmente por enganche voluntario. La ley de reclutamiento vigente para el ejército regular data del año 1881.

Las condiciones físicas de los reclutas deben ser las siguientes:

ARMAS	TALLA		Amplitud torácica	EDAD
	Máxima	Mínima		
Caballería pesada.	1 m., 849	1 m., 795	0 m., 900	18 á 25 años
Idem de línea.	1 m., 700	1 m., 620	0 m., 850	
Idem ligera.	1 m., 670	1 m., 570	0 m., 850	
Artillería.	1 m., 670	1 m., 645	0 m., 850	
Ingenieros.	1 m., 670	1 m., 645	0 m., 850	
Infantería y cuerpos auxiliares.	1 m., 645	1 m., 570	0 m., 875	

Los individuos destinados á ingenieros, artillería y sanidad militar, deben saber leer y escribir.

Algunos años los enganches proporcionan los individuos necesarios para completar el ejército activo, pero en general, el enganche anual no es lo suficiente; sobre todo teniendo en cuenta que en el ejército inglés hay anualmente como bajas de 2.000 á 4.000 por deserción, cerca de 2.000 expulsados por mala conducta, y otras que producen aquellos que con arreglo á la ley tienen derecho á rescindir el contrato con el Estado (especie de redención á metálico), mediante el reintegro de sumas que varían de 300 á 500 pesetas, según el tiempo que el interesado haya servido. Resulta de aquí una notable rebaja en los contingentes anuales que no compensan los reenganches.

(Continuará)

VARIEDADES

LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

Una formidable carcajada saludó lo grotesco de su fisonomía. Los labios y la barba del polaco, estaban teñidos de un color violáceo: añádase

á esto el semblante cariacontecido y aturrullado del ratero y se formará idea de lo eminentemente cómico del espectáculo. Las manos, en que se marcaban las huellas de la anilina conque había sido embadurnada la salchicha, pregonaban igualmente la hazaña del bribón, quien, á pesar de todo, se obstinó en negar. Sus camaradas, sin dar oídos á sus protestas de inocencia, le golpearon, desde luego sin compasión alguna y lo llevaron después, á la fuerza, á la oficina del sargento mayor para hacer en ella el proceso verbal del hecho. Westphal entregó, además, al sargento mayor la botella ó frasco de anilina de que se habían servido para colorear la salchicha, y que aún contenía una pequeña cantidad de aquella substancia. Poco tiempo después sufrió el noble polaco las consecuencias de su conducta: reducido á prisión, fué sometido á un consejo de guerra. El testimonio unánime de sus camaradas unido á las huellas dejadas por la anilina en sus manos y en su rostro, huellas que fueron analizadas por un químico, probaron suficientemente su culpabilidad, é hicieron que fuese condenado á dos años de prisión y á pasar á la segunda clase del estado militar, la de los soldados degradados. La escuadra se alegró de verse libre de aquel miserable y se mostró satisfecha de no contar en sus filas con ninguno que perturbase la buena armonía, que ya no fué sino rara vez turbada, por incidencia.

*
* * *

Precisamente por aquella época hizo el teniente Wittich un descubrimiento que le consternó y causó la más viva inquietud. Aquel descubrimiento puso pensativo é hizo moroso al joven oficial que hasta entonces había llevado vida alegre y fácil. En los ratos de descanso, durante los ejercicios, el teniente Wittich tenía la costumbre de bajar á la cantina de la tropa para tomar un sandwich y beberse un vaso de cerveza. Había una razón para que prefiriese la cantina de los soldados á la mesa de los suboficiales, y era la de que tras el mostrador de aquella imperaba la señorita Elisa con todas sus gracias y toda su gentileza.

Una mañana en que, apoyado de codos sobre el mostrador, bebía á pequeños sorbos su vaso de cerveza, distinguió de pronto la sortija que Pablo Horn había puesto en el dedo de la joven la noche de Pascuas de Navidad.

—Qué linda sortija es esa que llevais, señorita?—preguntó el oficial en tono halagador.

—Os gusta?—contestó la joven extendiendo la mano con cierta coquetería.

El teniente quiso coger, en tono de broma, los dedos de la joven; pero esta retiró la mano con viveza. Sin embargo, el teniente había tenido tiempo de dirigir una mirada escrutadora á aquel anillo de oro, y en su semblante se grabó una expresión de interés y de sorpresa á un tiempo.

—Me parece—dijo—haber visto un blasón esculpido en esa sortija.

—Es verdad,—repuso con gravedad la joven;—un buitre con una espada en una pata y un casco de caballero en la cabeza.

El teniente se incorporó como electrizado; abrió sus grandes ojos y miró fijamente á la joven con tanta sorpresa como turbación.

—Qué es lo que habeis dicho, señorita Elisa?—balbuceó moviendo la cabeza como si no hubiese oído bien ó como si dudase de lo que había oído.—Un buitre?

—Sí, señor: un buitre con una espada en la pata derecha—repitió la joven levantando la mano y agitando su dedo anular con alegría infantil.

El teniente se inclinó cuanto pudo para ver de cerca la sortija.

—Quereis hacerme el favor de confiarme por un sólo instante esa sortija?—le dijo.

Elisa miró con admiración el animado semblante del oficial.

—Conoceis ese blasón, señor teniente?—le preguntó al mismo tiempo que sacaba del dedo la sortija.

—Sí,... es decir... me parece—respondió con vacilación, y tomó el anillo. De la primera ojeada reconoció el blasón que era el de la familia de su tío el caballero rural von Nöring.

—Decidme: cómo se explica que esteis en posesión de esta alhaja, señorita Elisa?—le preguntó con voz velada por la admiración y la sorpresa.

—Es un regalo, un obsequio de Pascuas—repuso, haciendo ademán de recobrar su sortija, como si temiese que el oficial quisiera quedarse con ella.

—Un regalo?—repitió maquinalmente el joven, llevando la mano á su frente con ademán pensativo. Por un extraño encadenamiento de ideas, quizá muy natural por otra parte, surgió de pronto en su espíritu la silueta del joven mosquetero que, al parecer suyo, debía sostener relaciones amorosas con la señorita Elisa, por más que no fuesen públicas. Al mismo tiempo recordó las revelaciones que el señor von Nöring le hiciera después de la representación teatral dada en honor del cumpleaños del Emperador, y de sus labios se escaparon espontáneamente estas palabras.

—El mosquetero Horn!... es, acaso, regalo suyo, señorita Elisa?

La joven guardó silencio, pero el rubor de que se cubrió su rostro unido á lo embarazoso de su actitud, eran motivo suficiente para que el oficial creyese haber acertado.

—Decid, señorita Elisa—le preguntó el teniente—he acertado, ó negais que el mosquetero Horn sea el que os haya hecho el obsequio?

La joven se sintió disgustada por el tono al parecer burlón de su interlocutor y por su mirada escrutadora y penetrante, y levantando con arrogancia la cabeza, repuso con altivez:

—Sí, señor teniente: habeis acertado: el señor Horn es quien me ha regalado esta sortija, y si eso os interesa, aun puedo deciros más, y es que su madre se la dejó al morir.

—Su... su madre!—murmuró el teniente Wittich asiéndose la frente con ambas manos. Hubiérase dicho que acababa de ser herido por un rayo.

La joven quedó sorprendida y admirada al ver la fisonomía tétrica del oficial.

—Qué os pasa, señor teniente?—le preguntó con sencilla curiosidad—Porqué estais tan alterado?

El teniente se mordió los labios para dominar su turbación; procuró reunir toda su energía para dominar su abatimiento, aunque sólo fuese en la apariencia, y luego, inclinándose sobre el mostrador y esforzándose por sonreír, murmuró, poniendo los ojos lánguidos:

—Por que estoy celoso, señorita Elisa; porque os amo, porque os adoro.

La joven le volvió la espalda haciendo una mueca de disgusto, y el teniente Wittich, después de decirle en tono zumbón «Adios, hermosa joven» desapareció de la cantina.

(Continuará)